

WHAT ARE LATIN AMERICAN STUDIES FOR?

Geneviève Verdo



En la academia francesa, la cuestión de la relación con los mundos foráneos y, principalmente, con Latinoamérica, fue planteada desde hace prácticamente un siglo, empezando con la creación, en los albores del siglo XX, de los dichos institutos de “lenguas y culturas extranjeras” en la Sorbona¹ y siguiendo, a partir de los años 1920 y sobre todo 1940, con la obra de Jacques Soustelle². En la misma época, entre los jóvenes que estudiaban en París, se encontraban futuros maestros como François Chevalier, Tulio Halperín Donghi, o Pablo González Casanova, mientras que en 1948, se creó en Lima el primer instituto francés en Latinoamérica, el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA). Este mismo año, la revista *Les Annales* dedicó un número especial a América Latina, “A travers les Amériques Latines”, reuniendo no menos de 48 contribuciones y de 200 páginas, y una introducción de la mano de Lucien Febvre, “L’Amérique du sud devant l’histoire”, en que el *chef de file* de los *Annales* se entusiasmaba, en un tono algo lírico, frente a las potencialidades de la región, apelando a desarrollar los intercambios entre los estudiosos de ambos mundos:

“¿Cómo, si se es historiador, de verdad y en profundidad”, preguntaba, “cómo, si se lleva la historia en la sangre y en la piel, no estremecerse de apetito y de envidia ante esta América tan variada, tan abierta en apariencia, tan retraída en realidad [...]? Estos países siguen buscándose a sí mismos. Desde hace cuatro siglos y medio, no han terminado de hacerse un lecho en la inmensidad de un dominio terrestre que aún no son capaces de llenar. [...] Pero, [nos dirán] en este mundo americano, nosotros, historiadores de Francia, ¿seremos intrusos? Dejémosla a sus propias fuerzas. Dejemos que sus historiadores recreen su historia. ¿Nos necesitan? Sí, nos necesitan, como nosotros los necesitamos a ellos, a sus países y a las lecciones que nos enseñan.”

Todo esto para recalcar que el tipo de interrogaciones que nos planteamos hoy en día, gracias a la iniciativa estimulante de Eduardo Posada Carbó, nos remite a una larga tradición reflexiva y epistemológica sobre nuestro terreno, nuestras prácticas, y los intereses que tenemos en común.

¹ David Marcilhacy & Miguel Rodríguez dir., *À l’origine des études aréales : langues et cultures étrangères en Sorbonne*, Paris, Sorbonne Université Presses, 2023.

² Durante la guerra, Jacques Soustelle también fundó, por orden del general de Gaulle, un comité de apoyo en México, que abarcó luego a toda Latinoamérica.

1. What is Latin America ? (Latinoamérica en la mirada de Europa)

Quisiera empezar esta discusión con una reflexión acerca de la manera en que la relación entablada entre Europa y Latinoamérica en el siglo XIX sigue teniendo peso en la estructuración de nuestro campo de estudios.

Es un dato muy conocido, incluso obvio, pero vale la pena recordarlo aquí: hablar de Latinoamérica, estudiar, escribir sobre Latinoamérica desde Europa, no es ni puede ser una postura neutra o trivial, porque se inserta en un profundo terreno histórico, y viene cargada de un sentido que todavía la condiciona.

Desde el llamado “descubrimiento” de América, el imaginario europeo dio su impronta a la América ibérica, y literalmente la hizo existir como tal: por lo menos, así lo entendieron los centenares de cronistas y autores que escribieron sobre el “Nuevo mundo”, desde Bernardino de Sahagún hasta Pufendorf, De Pradt, y muchos otros.

Existen muchos trabajos que versan sobre este tema de la construcción discursiva e intelectual de América por Europa. Un clásico en la materia sigue siendo el libro de Jorge Cañizares Esguerra³, pero también se puede citar a Diego Olstein, que habla de una “gran divergencia” entre Europa y América, desde el punto de vista del conocimiento, de la construcción de los saberes y del lugar de América Latina en la historia global. Tal como lo recalca:

“Latin America was left behind in both the “greatest divergence” [between Europe and America] and the “American divergence” [between North and South America]. As these unfolded, approaches to Latin America involved attitudes of both hostility and sympathy. Over the centuries, these contradictory attitudes were indeed the two sides of the same coin, that of fitting Latin America into western standards. Opposing attitudes towards the region were in fact two alternative pathways to fostering the transformation of the region accordingly to ideals brought first from Europe and, since the twentieth century, from the United States”⁴.

De esta manera, Europa dio a la América ibérica un espejo donde reflejarse, y después de las independencias, cuando se contituyeron como tales, las nuevas repúblicas (o más bien, sus élites intelectuales y dirigentes) usaron este espejo para constituirse, sea por imitación o emulación, sea, en otros casos, por rechazo. Como ejemplo de esta doble actitud, se puede traer a colación el contexto de los años 1860, momento en que las potencias europeas –Francia y España– lanzaron acciones ofensivas en Latinoamérica en un intento por reconquistar esta parte del continente. Como es sabido, estos intentos fueron apoyados y hasta fomentados por unos actores⁵ y ferozmente combatidos por otros, quienes propiciaron el *revival* de la unión hispanoamericana ideada por Bolívar en los años 1820⁶.

³ Jorge Cañizares Esguerra, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001. Del mismo autor, ver “De cómo olvidar y recordar en la invención de “Latinoamérica” y “España””, *Revista de Occidente*, n° 509, 2023 p. 22-31.

⁴ Diego Olstein, “Latin America in Global History. An historiographic overview”, *Estudios históricos*, 30-60, 2017, pág. 253-272. Agradezco a Eugenia Palieraki por haberme señalado esta referencia.

⁵ Erika Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio : el imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2001 ; Edward Shawcross, *France, Mexico and Informal Empire in Latin America, 1820-1867 : Equilibrium in the New World*, Palgrave Macmillan, 2018.

⁶ Aimer Granados and Carlos Marichal eds., *Construcción de las identidades latinoamericanas: Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, Mexico, Comex, 2004 ; German de la Reza, German A., “La asamblea hispanoamericana de 1864-1865, el último eslabón de la anfictionía”, *Estudios de historia contemporánea de México*, N° 39, enero-junio de 2010, pág. 71-91.

Sobre el mismo tema, también se puede pensar en la manera en que apareció y se impuso la propia expresión América “Latina”, para nombrar esta parte del continente. Se suele recordar al respecto el papel de Michel Chevallier y de los proyectos geopolíticos de los sansimonianos, que se concretaron con la expedición francesa a México. Sin embargo, a eso habría que añadir una actitud muy activa por parte de los Latinoamericanos que se apropiaron la expresión, tales como el chileno Francisco Bilbao o el colombiano José María Torres Caicedo quienes, a pesar de no compartir la misma visión de la “latinidad” de América, obraron para difundirla en toda la región. En un trabajo muy interesante, Michel Gobat⁷ argumenta que estos intelectuales criollos se apropiaron el sintagma para diferenciarse de los Estados Unidos frente a la amenaza que este país empezaba a representar en los años 1850, pero que la usaron también como signo de distinción racial y de *whiteness* en una época de fuertes progresos democráticos, propiciados por sectores populares racializados.

Se puede afirmar, por lo tanto, que tuvo lugar en la América decimonónica una nueva “disputa del Nuevo Mundo” que, tal como la precedente⁸, versaba sobre la identidad de la región y de sus habitantes. Esta nueva disputa remitía a retos muy importantes para las nuevas repúblicas: su aptitud para desarrollarse, inscribirse en el mundo civilizado, conseguir su lugar en el mundo y colocarse de manera ventajosa en la carrera hacia el progreso. Todas las inquietudes, todas las esperanzas de los actores decimonónicos tenían que ver con estos desafíos: ¿qué era Latinoamérica?, y ¿cuál era su destino?⁹

Ahora bien, ¿porqué me parece importante traer esto a colación en nuestra discusión? Porque esta “gran divergencia”, esta narrativa de “retrasos y anhelos”, tuvieron una impronta muy profunda en la mentalidades, tanto latinoamericanas como europeas, y en la manera en que los europeos siguen mirando a Latinoamérica hoy en día. Tal vez podría resumir toda mi ponencia diciendo: si los estudios latinoamericanos debieran servir para algo, sería para cambiar esta mirada de una vez por todas (pero estamos aún muy lejos de haberlo conseguido).

2. What are Latin American Studies ?

Es evidente que en este esfuerzo por cambiar las mentalidades, la ciencia –es decir, el hecho de considerar Latinoamérica como un objeto legítimo para la investigación científica– jugó y sigue jugando un papel importantísimo.

En el número especial de los *Annales* que cité al inicio, es llamativo que casi no haya contribuciones de historiadores, al menos de historiadores especializados en la región. De hecho, durante mucho tiempo, se consideró –o se actuó como si– América Latina no tuviera historia, y mucho menos historia contemporánea¹⁰. En mi juventud, la mayoría de los estudios sobre Latinoamérica estaban en manos de los filólogos –especialistas de “lengua y civilización” como se les llama en Francia–, y de los etnó y antropólogos. Algunos sociólogos o economistas del desarrollo trabajaban sobre terrenos latinoamericanos, sí, pero muy pocos historiadores. Fue gracias al esfuerzo de profesores como François Chevalier y François-Xavier Guerra que se

⁷ Michel Gobat, “The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race”, *The American Historical Review*, Vol. 118, N° 5, 2013, pp. 1345–75.

⁸ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México/Buenos Aires, FCE, 1960.

⁹ Annick Lempérière et Geneviève Verdo, “L’Amérique Latine”, in Pierre Singaravelou et Sylvain Venayre dir., *Histoire du monde au XIX^e siècle*, Paris, Fayard, 2017, p. 577-589.

¹⁰ Uno de los autores que más difundió la idea de una América hecha “pura naturaleza”, y desprovista de historia, es el filósofo español José Ortega y Gasset. Ver José Luis Gómez-Martínez, “La presencia de América en la obra de Ortega y Gasset”, *Quinto Centenario*, Vol. 6, 1983, pág. 125-157.

logró imponer, en la mentalidad académica francesa, la idea de que se podía estudiar Latinoamérica como cualquier otra parte del mundo.

Ahora bien, el tema de los estudios latinoamericanos es indisociable de la organización institucional de los estudios académicos, y de los debates que generó el concepto mismo de “estudios de área” en Francia. Desde hace varias décadas, la organización en “áreas culturales” fue introducida en la academia francesa, donde existía una larga tradición de estudio de los “mundos extranjeros”, vinculada con la filología y, evidentemente, con la empresa colonial. De hecho, Francia es uno de los pocos países donde existen, efectivamente, académicos que trabajan sobre otros continentes y otras culturas, en estrecha conexión con comunidades científicas a nivel internacional. De esto da testimonio nuestro encuentro de hoy.

El historiador Yves Chevrier, especialista de la China, hace hincapié sobre las tres dimensiones del concepto de “área cultural”, siendo a la vez un espacio definido por características lingüísticas, culturales e históricas, tanto como un área de conocimiento, construida por saberes situados a partir de unos cuerpos documentales referenciados y también como un dispositivo de formación y de investigación inscrito en el marco institucional de la academia¹¹. Un área cultural reúne por lo tanto estudiosos especializados en una zona determinada que provienen de varias disciplinas y que trabajan juntos de manera transversal. En lo que toca a América Latina, el laboratorio Mondes Américains o el Instituto de las Américas, en París, son ejemplos de esta configuración.

Ahora bien, desde hace unos años el concepto mismo de “área cultural” ha sido el objeto de algunas críticas. En primer lugar, se subrayó el riesgo de “culturalismo” inherente al concepto, es decir, la tendencia a atribuir un valor explicativo a una “cultura latinoamericana” supuestamente homogénea y esencializada. Asimismo, se puso en entredicho la concepción del espacio que conlleva la noción. De hecho, América Latina no es, ni mucho menos, un conjunto coherente, ni desde el punto de vista geográfico, ni desde el punto de vista socioétnico o cultural. En estas condiciones, ¿cómo se justifica el recorte espacial del subcontinente? ¿Cómo se constituyó históricamente? ¿Cuál es, al día de hoy, su valor heurístico? Entre otras cosas, la discusión se centró sobre la pertinencia de las unidades que articulan la región (Mesoamérica, América andina, Caribe, Cono Sur...). Estos bloques regionales, ¿acaso tendrían más eficacia a la hora de determinar contextos de estudio coherentes?

Desde un punto de vista más funcional, otras críticas pueden formularse. La división en áreas culturales hace correr el riesgo –paradójicamente– de aislar a los investigadores de los grandes debates que estructuran su disciplina, reforzando, o redoblando un cierto exotismo, o un encierro cultural del campo americanista. Se nota a la hora de publicar un libro o de concursar para una plaza en la universidad: un especialista de la radio que trabaja sobre Francia o Inglaterra será identificado como “historiador de la cultura”, mientras que el mismo que trabajara sobre Colombia o Centroamérica sería tildado de “latinoamericanista”... Esta situación es un efecto de lo que describía anteriormente, o sea, de la superioridad inconsciente e incuestionada de los europeos para con las otras zonas del mundo (y la mejor prueba de ello es que en Francia, Europa apenas se considera como una “área cultural”).

De la misma manera, la agrupación en áreas culturales tiende a instalar o a perpetuar en el imaginario académico francés lo que se podría llamar unas “falsas discrepancias”: por ejemplo, la vida política en América Latina se ve, o totalmente distinta, o totalmente equiparable

¹¹ Sobre este tema, ver Yves Chevrier, “La traversée des sciences de l’homme: aires culturelles, humanités et sciences sociales”, *Harmathèque.com*, http://www.harmatheque.com/article/la_traversee_des_sciences_de_l_homme__aires_culturelles__humanites_et_sciences_sociales14368

a lo que existe en Europa, no dejando lugar para cualquier matiz. Un buen ejemplo al respecto es el peronismo, que muchos consideran demasiado complejo para ser explicado, cuando una simple comparación con el gaullismo francés permitiría definirlo. En el sentido contrario, también tiende a crear “falsas familiaridades”: así se da por sentado que un historiador que trabaje sobre las dictaduras del Cono Sur, tendrá necesariamente algo en común con un antropólogo que estudie los rituales de fertilidad en alguna parte de México. Y este primer colega no estará invitado a un coloquio sobre los regímenes autoritarios del siglo XX, salvo si él se toma el trabajo de anudar contactos con los especialistas de su campo de investigación, de integrar equipos de trabajo y de hacer conocer su producción.

Dicho esto, hay que reconocer no obstante que las “áreas culturales” tienen también rasgos muy positivos. El principal de ellos es que dan una visibilidad institucional a territorios que de otra manera, quedarían simplemente sin estudiar. Por otra parte, la necesaria interdisciplinariedad que conlleva la noción puede ser fructífera y pertinente para muchos ejes de la investigación actual. Se puede traer a colación el proyecto *AmericAnimal* de la Universidad de Nanterre¹², que estudia los animales en las sociedades coloniales del Nuevo Mundo articulando perspectivas históricas, geográficas, arqueológicas y antropológicas. Aunque tenga mis reservas acerca de la noción, reconozco que es gracias a las “Area Studies” que se sigue estudiando y enseñando sobre Latinoamérica en Francia. Esto se nutre de la existencia de referencias comunes (lingüísticas, bibliográficas, científicas) y de vínculos que conforman redes. Es gracias a la existencia de una comunidad “latinoamericanista” a nivel global, que se producen intercambios de investigadores, docentes y doctorandos, y que se organizan eventos como este que nos reúne.

Otro efecto virtuoso de esta organización es que permite a los estudiantes latinoamericanos que vienen a estudiar a París (o a cualquiera de los centros europeos del americanismo) anudar vínculos y amistades, descubrir lo que tienen en común y, de este modo, crear una comunidad humana y científica, parecida a la que describió Michael Goebel para los años 1920¹³. Este fenómeno, que he observado una y otra vez a lo largo de mi carrera, aparece como una suerte de nueva “creación de América Latina” hecha desde Europa, en un sentido (espero) más emancipador que la del siglo XIX.

3. What are Latin American Studies for ?

Tal como queda planteado, el campo de los estudios latinoamericanistas está atravesado por unas tensiones estructurales, de índole disciplinaria : primero, existe el riesgo de lo que llamaría el repliegue, o el encierro areal: los historiadores, antropólogos, arqueólogos, sociólogos... que trabajan sobre Latinoamérica tienen que dialogar a la vez con dos comunidades, la de su disciplina y la “americanista”, y tienen a menudo que hacer esfuerzos para que el ejemplo latinoamericano sea considerado como una referencia usual, y hasta banal, en este diálogo.

Al revés, un tema latinoamericano siempre corre el riesgo de encontrarse “diluido” en los estudios globales, aunque muchos de los historiadores latinoamericanistas que usan esta herramienta (entre otros Jeremy Adelman, Aldo Marchesi, Eugenia Palieraki o Tanya Harmer)

¹² <https://americanimal.hypotheses.org/>

¹³ Michael Goebel, “Una sucursal francesa de la Reforma Universitaria: jóvenes latinoamericanos y antiimperialismo en la París de entreguerras”, in Martín Bergel coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria*, Humanidades y Artes Ediciones - HyA ediciones, Rosario, 2018.

son muy conscientes de este riesgo y anclan sus estudios en terrenos y contextos determinados, recurriendo a archivos y a bibliografías especializadas.

Pero es posible que estas tensiones queden superadas por las aperturas que conlleva la noción. Al fin y al cabo, la organización en áreas culturales es la que permite estudiar y hacer conocer el mundo latinoamericano en toda su complejidad, variedades y matices. De este modo, se puede rechazar tanto la “falsa familiaridad” como el “falso exotismo” que se le sigue atribuyendo a esta parte del mundo con respecto a Europa. Bajo este aspecto, una de las virtudes de los estudios de área es que contribuyen, en cierta medida, a “provincializar Europa”, para retomar la expresión de Dipesh Chakrabarty¹⁴.

Por otra parte, permiten también dialogar y crear vínculos con americanistas de varios países, quienes comparten una base común de referencias y experiencias, conformando así una comunidad científica amplia, no necesariamente institucionalizada (aunque existan organizaciones como el CEISAL, AHILA, el LASA... que le dan forma) sino más bien, relacional.

Por fin, cabe resaltar los efectos heurísticos que derivan de esta organización: la existencia de los estudios latinoamericanistas permite estudiar problemas muy generales de nuestro tiempo (tales como la democracia, el medio ambiental, la condición de la mujer) desde unos enfoques, enunciados y contextos particulares, con sus declinaciones y matices, enriqueciendo el repertorio global de los conocimientos mientras que, al revés, estudiar realidades latinoamericanas desde otros lugares, con otras miradas y otras preguntas, participa también de este enriquecimiento.

Considerados de esta manera, los estudios de área deberían servir para colocar a América Latina en un conjunto común de referencias científicas, dándole el lugar que le corresponde, insertándola en la historia global en un pie de igualdad con las demás partes del mundo, y “corrigiendo”, de esta manera, la jerarquía implícita heredada de los siglos anteriores. Este oficio, si bien nos coloca en una postura necesariamente híbrida, y a veces incómoda, no deja de ser muy enriquecedor, y procede de un verdadero compromiso, tanto científico, como humano.

Geneviève Verdo
Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne
CRALMI – Mondes Américains

The LAC Forum is a space provided to our guest-speakers, so they can reflect further on the topics they covered in our seminars. Geneviève Verdo's piece was based on her contribution to our panel discussion on 'What are Latin American Studies for », that took place on 22 October 2024, with the participation of Sabine Kurtenbach (GIGA, Germany), and Paulo Drinot (UCL, UK).

¹⁴ Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000.